

“INTRODUCCIÓN”

Dios creó al hombre santo y le puso en un perfecto ambiente en la Tierra, con un cuerpo perfecto, una naturaleza humana perfecta, y un alma perfecta; pero cuando Adán tomó del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, rechazó la voluntad de Dios y deliberadamente pecó en contra de Dios y cayó en pecado. Al hacer esto, Adán pecó contra Dios desobedeciendo Su mandamiento de no comer de dicho árbol. Esto le trajo a Adán inmediatamente la muerte espiritual y habría de morir físicamente después. El hombre estaba ahora separado de Dios debido a su pecado.

Pero cuando Adán pecó, también se creó otra naturaleza que no estaba en existencia antes. Esta naturaleza puede llamarse la naturaleza Adámica, la naturaleza del viejo hombre, la naturaleza pecaminosa. Esta naturaleza pecaminosa, también conocida como el principio del pecado, dominaría ahora la naturaleza humana de Adán y de toda su descendencia. Génesis 5:3 dice que Adán “engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen,” no a la imagen y semejanza de Dios, sino a la imagen y semejanza de Adán. Esto es ahora una naturaleza que corrompería cada parte de su naturaleza humana. De aquí en adelante, cada hijo concebido en el vientre de su madre recibe no sólo la humanidad y semejanza de Adán en relación a su cuerpo, sino también este poder o principio invisible de pecado que afectará cada aspecto de su vida.

La condición del hombre en pecado es claramente descrita en la Biblia: Toda cabeza está enferma (Is. 1:5); ojos llenos de adulterio (2 Pe. 2:14); con los oídos oyen pesadamente (Mt. 3:15); sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan; veneno de áspides hay debajo de sus labios (Ro. 3:13); su boca está llena de maldición y de amargura (Ro. 3:14); sus pies se apresuran para derramar sangre (Ro. 3:15); dura cerviz (Deut. 31:24-27; Jer. 17:23; Acts 7:51); manos llenas de sangre (Is. 1:15; Prov. 6:17); pies presurosos para correr al mal (Prov. 6:18); corazón engañoso (Jer. 17:9); mente reprobada (Ro. 1:28); pensamientos de continuo solamente el mal (Gn. 6:5); entendimiento entenebrecido (Ef. 4:18); conciencia cauterizada (1 Tim. 4:2); y una frase que lo incluye todo – “Por naturaleza hijos de ira” (Ef. 2:3).

Esta es la condición del hombre, y no hay nada bueno en él por lo que pueda salvarse a sí mismo; no tiene el poder para salvarse a sí mismo de la condenación de sus pecados o de librarse a sí mismo del poder del pecado. El hombre está en una desesperada necesidad de un Salvador. Su alma necesita ser salva, pero también necesita ser salvo de su vida de pecado.

Al instante que el hombre cayó en pecado, trató de cubrirlo. Adán y Eva cosieron hojas de higuera para cubrir su desnudez. Sus ojos fueron abiertos y se dieron cuenta de su condición lejos de Dios. Entonces, después de oír la voz de Jehová que se paseaba en el huerto se escondieron de la presencia del Señor entre los árboles del huerto. El hombre estaba en lo correcto al buscar refugio y cobertura en su pecado, pero estaba incorrecto en su selección. Necesitaba venir a Dios para encontrar en Él cobertura y refugio.

El hombre hoy día está tratando de regresar a Dios a través de sus propios medios, pero eso no lo logrará. El hombre no es capaz de salvarse a sí mismo, necesita un Salvador. Necesita un Salvador con el poder de salvarlo de su condición pecaminosa. Un salvador que es capaz de cumplir con las demandas de un Dios recto y santo. El hombre necesita un Salvador que sea capaz de salvarlo de la condenación de su pecado y del poder del pecado.

Gracias a Dios que Él está dispuesto a proveer un camino para liberar al hombre. En cuanto el hombre cayó en el huerto, vemos que “la voz de Jehová Dios” se paseaba en el huerto, al aire del día” (Gn. 3:8). Creemos que esta fue la voz del Hijo de Dios, la Palabra eterna. El Tárgum lo parafrasea así, “la voz de la Palabra del Señor Dios.” Esta fue la Palabra que más tarde sería hecha carne y habitaría entre los hombres para ser su salvador (Juan. 1:14).

Dios vino y confrontó al hombre diciendo, “¿Dónde estás tú?” (Gn. 3:11). Dios también, en Su misericordia y amor, antes de pronunciar juicio sobre Adán y Eva, prometió que un hombre (visto en el uso del pronombre “él” para la semilla de la mujer en Gn. 3:15) vendría de la semilla de la mujer a herir a la serpiente – aquella que influenció al hombre a lo malo (Gn. 3:15). La referencia de la semilla de la mujer es una profecía del nacimiento del Hijo de Dios (Gn. 4:4). El Salvador que vendría sería de la simiente de la mujer – humano; y aun en el hecho que Él no es llamado la simiente del varón, tenemos la sombra de un nacimiento virginal (Is. 7:14; Mt. 1:21, 22). Fue claro que a través de este hijo de la mujer, la salvación vendría de Dios.

Dios vino también a proveer la cobertura correcta para un hombre pecador (Gn. 3:21); una cobertura por el derramamiento de la sangre de un sustituto a favor del hombre. Esta cobertura cubriría la totalidad del cuerpo del hombre. Esta fue una cobertura total de la condición vergonzosa del hombre. Esta provisión fue una obra exclusiva de Dios – “Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió.” Sólo Dios puede hacerlo y es verdaderamente una obra de gracia. La provisión de las túnicas de pieles fue dada para mostrar a Adán y Eva la provisión de Dios para el perdón de pecados, y también que Dios les daría tiempo y oportunidad para creer y apropiarse de esta provisión. Esta provisión es el sacrificio expiatorio del Señor Jesucristo – “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29).

Adán y Eva y Caín y Abel y todos, deben, en algún momento durante el tiempo de oportunidad, confesar sus pecados, poner su fe en aquel único y singular sacrificio que es acepto por Dios – la sangre del Cordero. Ellos deben ir fuera del huerto, cada uno personalmente, y ofrecer su sacrificio por fe. Puede ser fe profética o puede ser fe histórica, pero ¡debe ser fe personal! En Hebreos 11:4 se nos dice que “Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo...”

Dios ha mostrado desde la Caída del Hombre que Él está dispuesto a llevar a cabo una obra que traiga de vuelta a la humanidad a una relación con Él. Pero Dios es un Dios justo y Su justicia clama por vindicación. Por lo tanto, algo tiene que proveer la satisfacción de la justicia de Dios, y Dios mismo proveyó esta satisfacción en Cristo como lo dice 2 Corintios 5:21, “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.” Dios hizo a Cristo pecado por nosotros, y Cristo, a través de Su muerte, siendo el impecable Dios-Hombre, satisfizo las demandas de la justicia de Dios. Todos aquellos que vienen a Dios a través de Cristo son hechos justos a los ojos de Dios; esto es, que son aceptados como justos y tratados como justos por Dios a cuenta de lo que el Señor Jesús ha hecho. Dios ha provisto en Cristo la satisfacción de la justicia de Dios, la cual demanda la pena de muerte por el pecado.

Tarea: Memorizar, 2 Corintios 5:21,

**“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado,
para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.”**

Nota: Si desea memorizar más Escritura memorice 2 Co. 5:17-21.